

CASABLANCA/60. TEXTOS, IMÁGENES, FOTOS.

1. Hoy hay partido.



El encuentro está a punto de comenzar. Pero la expectación que ha suscitado no puede ser menor. Se ven muchas ventanas abiertas, pero nadie se asoma a ellas. Por lo visto, este equipo tiene pocos seguidores.

Llama la atención, sin embargo, el uniforme de gala. No todos los días se visten los chicos con el uniforme oficial (¿de qué color eran las camisetas? ¿Y el escudo, cuya forma triangular es lo único que la foto permite apreciar, qué símbolos llevaba? ¿Quién lo habría diseñado?). Hoy, sí; hoy van de uniforme; e, incluso, el entrenador lleva un banderín, al estilo de los grandes equipos, que lo intercambian con sus contrincantes antes de que comience el encuentro.

Y aquí están, dispuestos para el partido (quien no conociera la identidad y habilidades de estos atletas podría presumir que se trata de un encuentro de alto nivel). El fútbol forma parte de la vida de Casablanca. Es el deporte que todos practican, con mayor o menor virtuosismo, o —en algunos casos

y a decir verdad— sin la menor pizca de él. Pero eso, hoy, es lo de menos. Hoy hay partido de once contra once, con alineaciones y con árbitro. Lo cotidiano no es el once contra once, sino una cantidad indefinida de chicos que corren tras el balón, sin otro reglamento ni juez que la toma de decisiones por parte de los propios jugadores.

Hoy se trata de otra cosa. El partido de hoy va en serio. No sabemos si se ha organizado con ocasión de alguna fiesta importante o bien si la fiesta consiste en el propio partido (aunque más parece lo segundo que lo primero). Los jugadores posan como chicos con zapatos nuevos. Aunque, bien mirado, son precisamente los zapatos lo menos apropiado del uniforme. Las botas de fútbol —las de verdad, de cuero y con tacos en las suelas— son privilegio de muy pocos; premio familiar, sin duda, al entusiasmo y buenhacer del chico sobre el césped. ¡Pero qué digo, césped! También el césped es privilegio de pocos. La superficie sobre la que nuestros chicos han posado para la foto y sobre la que van a evolucionar dentro de un momento es algo muy distinto a las muelles canchas en que se practicará el deporte cuando ellos sean mayores. Lo que ahora hay es un suelo de tierra, sembrado de guijarros en muchas de sus zonas de juego.

Pero estas miserias son las propias de la época, y los chicos se fotografían con toda la ilusión propia de los prolegómenos de una fiesta grande. Solo el entrenador aparece con semblante serio: ¡Esto no es broma!, parece pensar. Como si únicamente él conociera el peligro del adversario y el verdadero riesgo de una derrota. A sus pies, el extremo izquierda sostiene un pequeño trofeo, que muy probablemente sea un elemento más del atrezzo y que no habrá sido conquistado en ningún campeonato anterior, sino muy probablemente comprado en Sepu para esta ocasión (haciendo doblemente válido el eslogan de aquellos días: «Quien calcula, compra en Sepu»); para esta foto, vamos. El que parece ser el árbitro, a su izquierda, tampoco sonrío; pero ese sombrero que se ha calado le confiere un aire entre festivo y jocosos que nos deja con la duda de si esto es un torneo o un sainete. Los jugadores sonrío todos. ¿Es por la esperanza en la victoria? ¿Lo hacen por salir guapos en la foto? ¿O más que sonrío, se ríen? ¿Son unos ilusos? ¿Unos inconscientes? ¿Unos «cachondos», como dirían ellos?

La foto misteriosa lo es aún más para quienes conozcan a los chicos y sus acreditadas habilidades con la pelota. Es verdad que entre ellos puede distinguirse a potentes y expeditivos defensas como Miguel Ángel Mingote o Paco Chueca, o bien a hábiles y veloces delanteros como Luis Antonio Camarasa; pero la presencia de otras caras y otros nombres en un equipo de once resulta difícil de atribuir a su adecuación al puesto sobre el esquema táctico del entrenador. ¿Será que el club no cuenta con más efectivos?

Probablemente, no. Pero ilusión y ganas no le faltan a este devaluado equipo de fútbol. Dejémoslos soñando con otros encuentros, con otras victorias, con otros torneos para los que no se usan botas de tacos ni calzón corto.

2. «Sección Informativa Diaria»

Los chicos están ya en quinto de Latín, o de Humanidades, según las preferencias. De hecho, están cursando el quinto año del bachillerato oficial, tras haber superado los exámenes de la reválida de cuarto en la convocatoria del mes de junio, en las pruebas realizadas en el Instituto Goya.

Desde lo que podría llamarse «la revolución del 63», año de la llegada de dos jóvenes josefinos, que con su movimiento «Amigos siempre» introdujeron un cambio radical en el estilo de vida y de educación de Casablanca, los chicos están acostumbrados al trabajo en equipo para la realización de actividades de tiempo libre educativas.

En los años anteriores se han dado un hartón de pegar palillos mondadientes, para construir torres Eiffel y otros monumentos históricos; los trabajos manuales han sido muy diversos, para muchos de los chicos bastante interesantes y formativos, pero a los quince años se les han despertado otros intereses, más serios, más comprometidos. Y han decidido crear un periódico mural de información de actualidad.

Tras largos debates han optado por un título llamativo e innovador: «S.I.D.» (Sección informativa diaria). Valientes, sí señor: ¿diaria? No son conscientes del trabajo que representa una periodicidad así. Tampoco son conscientes de que están entrando en la época de las siglas. Mejor dicho, ya ya han caído en sus redes: «S.I.D.» les suena mucho más periodístico, más moderno, más «eso es» que cualquiera otra de las propuestas. Y, claro, tampoco son conscientes de lo que esas siglas pueden llegar a evocar cincuenta años después, con qué otras malditas siglas pueden ser inmediatamente asociadas...

De lo que sí son conscientes es de lo que quieren hacer: llevar a Casablanca y a sus habitantes la realidad del mundo externo. Está revuelto el mundo, como ellos solo han oído que lo estuvo en las conversaciones familiares de su infancia, en las que la guerra civil sobrevolaba ominosamente el ambiente. Han estado al corriente —y lo seguirán estando, ese es uno de los rasgos más interesantes de Casablanca— de los acontecimientos de la política nacional e internacional; han podido seguir los avatares de la guerra fría, el enfrentamiento de los EE.UU. y la URSS con ocasión de la crisis de los misiles en Cuba. Las charlas vespertinas de alguno de los superiores en fin de semana les han mantenido al corriente de la actualidad, cuando no han sido los altavoces de los dormitorios, a través de los que han podido oír la noticias de RNE y el asesinato de J.F. Kennedy. Pero ahora quieren ser ellos los que hablen de lo que pasa.

Viet-Nam está en sus momentos álgidos. Es tema importante y el S.I.D. va a dedicarle un monográfico. El superior que ejerce de asesor del grupo en materia informativa les facilita material gráfico: la revista Paris Match acaba de publicar un excelente reportaje sobre los campos de batalla. El pobre hombre tiene que ir haciendo malabarismos para no meterse en líos:

«Tened cuidado con la selección de fotos, no quiero tener problemas con vuestro director espiritual»; se refiere a las fotos de algunas jóvenes vietnamitas que ejercen la prostitución para los soldados americanos y que aparecen en la revista con una indumentaria bastante más ligera de lo que la moral del momento y del lugar están dispuestas a admitir.

Pero la revista francesa llega puntualmente del quiosco en la ciudad a la mesa de trabajo de los chicos del S.I.D., que de inmediato se ponen manos a la obra. A las doce y media de la noche, el reportaje está listo. Antes de publicarlo en el panel que el periódico mural tiene asignado, suben a enseñárselo, orgullosos, a su asesor. El pobre hombre se lleva un susto de muerte y, sin transición, un berrinche, cuyos efectos descarga en los chicos, enviándolos a la cama sin más contemplaciones.

A la mañana siguiente, cuando bajan a desayunar, encuentran con sorpresa que su reportaje ha sido publicado en el mural. La sorpresa se dispara cuando leen los pies de fotos: «Estos jóvenes murieron cualquier tarde, mientras tú estabas dándole patadas a una pelota», bajo la imagen de unos cuerpos destrozados por las armas. «¿Y los pies de fotos que nosotros habíamos escrito?».

Esos pies de fotos están en el fondo de alguna papelera. Decían algo así como: «¿Estos pobres soldados habrán muerto en gracia de Dios?».

Aquella mañana, más de uno de los periodistas del S.I.D. aprendió su mejor lección de Casablanca.

3. El grupo de 2º-B



Estos son los de segundo B. Curso 1962-63.

Primera fila, sentados: M. Ángel Mingote, Joaquín Palacios, Martínez Lasierra, Jesús Gómez Vicente.

Segunda fila, sentados: J. José Moreno, Herrero, Moreno Ruiz, P. José Iranzo, E. Martín Peris, Gimeno, Longares

Tercera fila: Latorre Domeque, Longás, J.L. Martínez Blasco, E. Gregorio Escusol.

Última fila, de pie: Largo, Ibáñez Velamazán, Dito, Marcén, M. Ibáñez Sanz, Pascual Ordovás, Santiago Lázaro.

La memoria del autor no da para más. Es posible que se haya deslizado algún error. Pero solo alguno. En lo fundamental, las caras se corresponden a los nombres, y estos con los apellidos.

Probablemente acaban de volver de dar un paseo, o están a punto de salir; así parece indicarlo la indumentaria: no llevan el guardapolvo de diario y, por el contrario, abundan las corbatas. Se han puesto de punta en blanco, posiblemente para bajar a la ciudad. La foto se ha tomado en los terrenos de Casablanca, pero ya en sus lindes, probablemente junto a la parada del autobús de La Bozada, o en todo caso al inicio del camino que éste toma en dirección a la Pza. de Cabañero, que también se recorre a pie en muchas ocasiones. El edificio y los campos de deporte quedan un poco apartados del lugar donde ha posado el grupo.

Las secciones del terreno que forman campos de fútbol (Casablanca no tiene carencias en ese apartado) se distribuyen por cursos (desde primero de Latín hasta quinto), mientras que en lo académico cada curso se subdivide en grupos que no superan los treinta alumnos. Estos de la foto son —ya se ha dicho— los de Segundo B. Y, como hoy es sábado por la tarde, han ido a dar un paseo.

El tiempo es apacible y el recorrido ha sido semiurbano. Si hacemos abstracción del cierzo y de las nieblas, o de las altas temperaturas veraniegas, la ciudad ofrece un contexto muy favorable para los paseos en grupo. La proximidad del Canal Imperial de Aragón a las instalaciones de Casablanca hace el recorrido por una de sus márgenes especialmente propicio para estos paseos. Del canal se desvían luego a los Pinares de Venecia y regresan a través del Parque Primo de Rivera, atravesando finalmente los terrenos anejos al campo de fútbol de la Romareda.

El grupo se cruza a veces con otros paseantes: familias al completo (si es domingo por la tarde, el hombre suele llevar un pequeño transistor en el que sigue la jornada futbolera en el «Carrusel deportivo»; cuando el Zaragoza mete un gol, la voz de Paco Ortiz hace temblar el transistor y a quien lo porta; si el Zaragoza juega en casa, quien tiembla es La Romareda entera y la onda expansiva llega hasta Casablanca. A veces, lo que llega son los gritos del público indignado con el árbitro; los insultos fuertes, coreados a una por toda la hinchada, entran por las ventanas abiertas de la capilla, donde los chicos están cantando vísperas o rezando el rosario. Por

esos años, la Virgen del Pilar está empezando ya a dejar de decir que no quiere ser francesa y a unirse a los maños agraviados por un árbitro centralista; ella ya sabe que ahora son solo goles, pero luego serán trasvases y chapuzas en el AVE; por eso, deja que sus vísperas y su rosario se entremezclen con la iracunda salmodia que llega de los graderíos, exaltados.

En el paseo unas veces se charla, otras se bromea, otras se tratan temas serios: siempre se conversa. Una escuela de diálogo; de amistad y camaradería. Casablanca y sus alrededores.